

en la medida en que nadie escapa a la vergüenza de desenmascarar formas corruptas o degradadas del poder mientras aún siguen pendientes cuentas, heridas, memoria viva de aquel pasado.

Por supuesto, estoy hablando del novelista en la novela y no del escritor de novelas. La opinión política del escritor está en su periodismo y en su literatura ensayística, en sus columnas de periódico o en sus intervenciones públicas (si las tiene). Es el territorio natural de la interpretación política y es lo que le queda todavía al novelista de la cuota de responsabilidad social que tuvo durante un largo trecho de este siglo. Bien es verdad que una afirmación de este tenor se desmiente recorriendo con los ojos los estantes de algunas bibliotecas personales. Ahí se verán en rara combinación los poemarios radicales y políticos –tan saludables y tan estéticamente desasosegantes al mismo tiempo– de Jorge Riechmann y un poco más allá un buen número de novelas protagonizadas por Pepe Carvalho donde el lector sabe muy bien que hay interpretación política e intención ideológica.

Sigue siendo verdad que la expresión de la insatisfacción por el presente y la nostalgia por formas de organización del poder más eficaces e igualitarias, son cosa de la izquierda. Lo es en la medida en que esa actitud delimita los lugares sociales –no meramente individuales y personales– de la insatisfacción y la insuficiencia urgente. ¿Son muchas las novelas que se han concebido desde este ángulo específico, o será verdad de manual bien pronto que la novela de la democracia ha excluido asuntos sociales y políticos conflictivos, en una decisión que compromete su ambición literaria pese a que parezca exactamente lo contrario?

El nivel de paz social pública, la elusión de asuntos de alguna envergadura histórica y la lectura optimista de la actualidad que dictan los medios de comunicación, pueden habernos sumido muy apaciblemente en el mejor de los mundos posibles. Y desde luego ahí carece del menor interés escribir una novela con trazas disgregadoras o desestabilizadoras que explique, pongo por caso, la deportiva impunidad con que la banca española ha ido encadenando *records* de beneficios anuales sin que casi nadie se despeine. Lo que me pregunto es por qué ninguna novela que yo conozca (o haya apreciado) ha elegido ocuparse de esos asuntos directa o indirectamente, metafórica o figuradamente, en la medida en que afectan también a una dimensión política, colectiva, social, supongo que tan pertinente y sugestiva como la dimensión íntima y personal del fracaso, la desilusión, el abandono de los ideales o la corrosión impune que dicta al tiempo. Es como si ya no fuese fe ni se llamase burguesía aquella que describió un escritor de talante fundamentalmente político, Miguel Espinosa.

Los diagnósticos más lúcidos sobre la cultura actual en España tienden a subrayar el protagonismo de la autogratificación como compensación de pesares colectivos recientes, como salvaguarda personal y egoísta frente al desasosiego o el fracaso de horizontes de cambio más ambiciosos. Cuando Juan José Millás construye *El desorden de tu nombre* sobre la pauta de un estribillo demasiado incrustado en la conciencia –la letra de la Internacional– está apelando a la resistencia que la razón política opone a la mera gratificación personal, a las formas de la felicidad sentimental y moral. Está apelando a la supervivencia de un deseo, incluso a la mala conciencia por el papel subsidiario de lo que decide colectivamente el futuro.

Y es que las formas del mal gusto son construcciones convencionales de cada sociedad, como es notorio. Tan notorio es que una de las formas secretas del mal gusto en las letras españolas de hoy es la evocación del conflicto de clases latente o patente, la indagación en la fractura violenta entre clases mayoritariamente estables y acomodadas y restos de serie, flecos sociales, porcentajes que permanecen fuera de las zonas comerciales de cada capital. El mal gusto de hoy en las letras se llama fundamentalmente conciencia política militante. El mal gusto ha dejado de ser sólo la chabacanería, la procacidad o la mera incorrección porque eso forma parte del mercado al igual que las formas más estereotipadas y cursis, más sentimentales y memas de literatura. Lo que en verdad resulta intolerable lo decide la delicadeza de la piel política, la hipersensibilidad hacia el discurso aguafiestas e ideologizado. Por eso sectores muy específicos de las letras españolas conspiran para rescatar el indispensable mal gusto de la discrepancia y la heterodoxia. La voz aislada e imprevisible, que va a su aire, hay que cuidarla con verdadero amor militante, como muestran bien las formas del respeto ganado por Rafael Sánchez Ferlosio y la nostalgia incurable de tantos por el extemporáneo y ácido humor de Juan Benet.

El retrato de la estabilidad social y económica que da la prensa escrita y audiovisual, su unanimidad en ese perfil pacífico, me parece influyente, y trataré de explicarme bien. No he olvidado el grosor de las invectivas recientes o pasadas que se han cruzado políticos y periodistas, o las ignominias intercambiadas por plumas bien pagadas. Pero eso no es más que la espuma que se disipa sin dejar rastro. La potencia crítica de la prensa de la transición, su capacidad de análisis y la entidad de sus envites han ido desapareciendo progresivamente de las páginas de los diarios. Reflejaban entonces esperanzas de signo político que han rebajado hoy su ambición para adaptarse a lo que la historia decide como posible en un marco de relaciones dado, es decir, el de provincia soberana de un imperio y miembro activo y maduro de la Unión Europea. El calado de la investigación perio-

dística de hoy es mucho más endogámico, afecta a ese mundo privado de la vida política, es decir periodística, y ha ido perdiendo relevancia la conexión de ese mundo con el de la realidad social y económica, la cotidianidad efectiva, las formas de la vida social en su dimensión menos oficialista.

Las formas literarias más aparentemente radicales de oposición al *tedio* democrático han ganado hoy mismo un público numeroso, seguramente infiel, y no muy preparado desde el punto de vista intelectual. El valor de ruptura de los narradores que se han inhibido de la tradición hispánica más exigente –Mañas, Loriga– se debe medir, me parece, no tanto en términos literarios cuanto en términos de expresión privada y desestructurada, incluso inocente, de desnortamiento y desconcierto, de decepción y abulia. Se construyen zonas minoritarias o marginales de la autosatisfacción como huidas de la indolencia, el desengaño prematuro o la mera desmotivación. La articulación de la respuesta es sólo autodestructiva pero desde una base esencialmente autocompasiva, donde el registro que manda es el de la piedad por uno mismo y la quejumbrosa lamentación por el destino de paro estructural e inviabilidad profesional que les espera. Tienden a ser formas de la rebeldía adolescente, formas de adolescencia prolongada sin que evidencien –o yo no sepa leer– una articulación más coherente de ese instinto de rechazo social.

El lugar de la imaginación en que mejor ha obrado una cierta reflexión política ha sido el pasado franquista en manos de algunos novelistas con logros innegables, como Manuel Vicent, José Antonio Gabriel y Galán, Miguel Sánchez-Ostiz, Antonio Muñoz Molina, Rafael Chirbes, José María Guelbenzu o Lourdes Ortiz: bien la evocación de las causas del antifranquismo (no fue una sola causa, como se vería bien pronto), bien la meditación pasmada y melancólica sobre las frustraciones de una imaginación política un tanto revolucionada. Y la explicación es probablemente, aún, histórica. Incluso diría más, la explicación ha de referirse todavía a la era franquista como frontón dialéctico de tantas ilusiones y expectativas que hoy tienen una viabilidad recortada que entonces hubiese parecido humillantemente chata. Ilusiones y expectativas que hoy, cuando prosperan con la seguridad relativa que da una democracia estable, parece de mal gusto diseccionar críticamente enunciando las rebajas practicadas.

La ética de la resistencia ha sido acuñación válida para el programa de fondo de algunas novelas de Vázquez Montalbán, y fundamentalmente una, *Galíndez*. Pero igual cabría buscar analogías inesperadas entre la articulación ideológica que es el substrato intelectual de Vázquez Montalbán y la apuesta expresionista pero nada espontaneísta de Sánchez-Ostiz en otra de